

RUBÉN SÁEZ ABAD

La temática mitológica de la Sierra de Albarracín es muy semejante a la del resto de países de Europa Occidental. Así, encontramos referencias al descubrimiento de tesoros ocultos, apariciones del diablo, dragones, historias de amor imposible y también de locura. Asimismo, este territorio tiene como peculiaridad la abundancia de relatos acerca de episodios de brujería y la excepcional presencia de un hombre lobo.

El primero de los ámbitos temáticos a destacar dentro de la mitología serrana es el de las criaturas mágicas, entre las que se incluirían los dragones y los hombres lobo. El dragón se ha representado iconográficamente como una especie de serpiente con pies y alas o como un lagarto gigante. Siempre se trataba de un ser maligno, insaciable, que sólo podía ser aplacado por medio de sacrificios humanos. En muchas ocasiones resultaba vencido por un héroe anónimo llegado desde tierras lejanas.

A pesar de que las primeras representaciones de dragones provienen de la antigua Mesopotamia, será en la Edad Media cuando más abunden las referencias a estas criaturas, siendo el animal mítico por excelencia de este periodo. De ahí que sea muy común su presencia en sagas y cuentos a lo largo de toda Europa, destacando el poema épico inglés *Beowulf* y la saga de Sigfrido, ya en tierras alemanas. Con la llegada del cristianismo, el dragón pasó a ser considerado la representación del demonio, derrotado a manos del arcángel San Miguel o del caballero San Jorge. Sólo se conocen dos alusiones a este ser en la provincia de Teruel, uno de los cuales es el de Bronchales.

Pero, el mito del dragón de Bronchales presenta unas peculiaridades que lo hacen único. Este animal no era un dragón al uso, ya que no era aplacado con sacrificios humanos y tan sólo sentía atracción por lo dulce, por lo que no tardó en ser



Bronchales. Cueva donde se sitúa la morada del dragón

conocido como *el dragón goloso*. No atacaba a los humanos y únicamente gustaba de robar la comida de los pastores y de sorber la leche de las mujeres que tenían niños pequeños. También resulta novedoso el final del animal, que no murió a manos de un caballero foráneo, sino que fue la gente del propio pueblo la que, tras localizar la entrada de su cueva, amontonó leña en torno a ella y le prendió fuego, acabando con la criatura.

Junto al dragón de Bronchales, en la Sierra de Albarracín hay alusiones a un ser mitológico excepcional: el hombre

lobo. La enorme cantidad de lobos que vivían en esta zona de montaña y los constantes ataques que protagonizaban sobre los rebaños probablemente extendieron este mito, que habría tenido un origen real. A pesar de que son abundantes las noticias orales de apariciones de estas criaturas, según la tradición, en Tramacastilla lograron atrapar una de ellas, a la que se conoció como *Ren-Ren*.

Seguramente, esta historia date de finales de la Edad Media o de los siglos XVIII o XIX, momento de mayor esplendor de este tipo de narraciones. La leyenda cuenta cómo algunos habitantes de esta localidad vieron una extraña criatura, mitad lobo y mitad hombre, en medio del bosque. El temor a que se produjeran ataques a los pastores del entorno condujo a que se preparara una batida para atraparla. Tras ser capturado con vida, el extraño ser fue atado a una reja del ayuntamiento y se envió una delegación a Teruel para informar del asunto. Desde allí fue enviada otra a Madrid, de tal modo que cuando regresó esta última, la criatura ya había muerto y su cuerpo había desaparecido.

El toro es otro de los animales que ocupa un lugar significativo en la mitología de la Sierra de Albarracín, de forma similar a lo que sucede en todo el ámbito del Mediterráneo. Su presencia entronca con los ritos vinculados al paganismo. En la localidad de Terriente, a tenor de lo que cuenta la leyenda, sucedía un fenómeno que tenía mucho que ver con estos rituales ancestrales. Cada año se sorteaba entre los quintos de la localidad cuál de ellos sería sacrificado para apaciguar las fuerzas de la naturaleza. Durante muchos años las muertes se sucedieron, hasta que la suerte eligió al hijo de la mujer más rica del pueblo. Para evitar el fatal desenlace, la dama costeó un toro que sería sacrificado en lugar del joven. A partir de ese momento, el toro pasó a sustituir a los jóvenes del pueblo, acabando así con las muertes de inocentes.

Quizás, detrás de este origen pagano se encuentre la antigua adoración de un toro de oro en Griegos. La llegada de los musulmanes a la Sierra de Albarracín, obligó a los habitantes de la ciudad de La Muela a esconder el magnífico tesoro, una quimera que durante muchas generaciones ha sido buscada por las tierras de la localidad. A alimentar esta leyenda ha contribuido la abundancia de restos arqueológicos.

Pero, si por algo destaca el territorio serrano, es por la abundancia de alusiones a episodios de brujería. Jabaloyas puede ser considerado como el lugar mágico por excelencia de la sierra. Son muchos los relatos de brujas y de seres mágicos que tienen como escenario los montes, a cuyos pies se sitúa la localidad.

Las brujas eran mujeres que, a través de un pacto con el diablo, habían adquirido la facultad de llevar a cabo actos sobrenaturales con la ayuda de encantos secretos, amuletos, brebajes o plantas. Usaban estos poderes que les había otorgado el demonio para causar daño a sus semejantes. Se reunían en lugares secretos, donde se rendía culto al diablo, conociéndose estas reuniones como *aquelarres*.

Estas creencias, vinculadas con ritos paganos, se mantuvieron a pesar de la influencia del cristianismo, cobrando un mayor auge a finales de la Edad Media. La Iglesia, que hasta ese momento había tenido una actitud pasiva frente a este fenómeno, empezó a aceptar la existencia de la brujería, introduciéndose la Inquisición para juzgar los comportamientos relacionados con ella. La Sierra de Albarracín, en medio de su aislamiento natural, no podía permanecer ajena a la existencia de estos ritos.

Según cuenta la leyenda, las brujas de Jabaloyas solían bajar al pueblo de Frías de Albarracín para robar el vino de las bodegas, un elixir, que mezclado con hierbas, les permitía alcanzar el éxtasis. Penetraban en las bodegas a través de la chimenea, gustando de tomar, sobre todo, el vino del Tío Candelas, que poseía el mejor caldo de toda la localidad. La sucesión de robos le llevó a vigilar la bodega día y noche, tratando de atrapar al ladrón.

Una noche, mientras hacía guardia, vio llegar a unos seres volando sobre escobas que entraban por el tejado de su bodega. Asustado, pero con ganas de revancha, salió



Gea de Albarracín. Balconada de madera con ramo protector



Vivienda de Jabaloyas

de su escondite y se acercó a la puerta para abrirla. Justo cuando abrió, acertó a ver cómo las mujeres se convertían en horcas. Se le ocurrió calentar el hierro de marcar las ovejas y aplicarlo a las horcas, dejándoles una señal. Al día siguiente, el bodeguero pudo ver cómo había varias mujeres en el pueblo señaladas por el fuego.

Tampoco se puede olvidar el papel del Diablo en las leyendas serranas. A pesar de que los demonios ya eran temidos en el territorio mesopotámico desde el tercer milenio a. C., será con el cristianismo cuando adquieran sus connotaciones actuales. Para los cristianos, el Diablo era el enemigo primordial de Dios y de la Humanidad, que terminaría derrotado por Cristo al final de los tiempos. Los Padres de la Iglesia concluían, basándose en varios pasajes de la Biblia, que el Demonio era un “ángel caído”, que se había rebelado contra el Creador y al que, como castigo, se le había condenado a presidir el Reino de la Muerte, adoptando el nombre de *Lucifer*, “la estrella que cayó”.

La Edad Media fue la época en la que florecieron las doctrinas que preveían el fin del mundo con la llegada del milenio, lo que hizo que se prodigarán las alusiones apocalípticas al Infierno y, con él, al fin de los tiempos. La figura del Diablo adquirió características aterradoras, siendo representado con cuernos, colmillos monstruosos, alas de murciélago, rabo y patas de cabra. Desde ese momento ha estado presente en la mentalidad colectiva, apareciendo en lugares y momentos concretos, para asustar a los humanos o para castigarlos.

En la Sierra de Albarracín abundan las apariciones que, según la tradición, han tenido como protagonista al Diablo, destacando las producidas en Frías de Albarracín y Tramacastilla. La historia del “Molino de las pisadas”, narrada en la primera de estas localidades, cuenta cómo un pastor estaba cuidando sus ganados cuando una de sus ovejas se extravió. En busca del animal, el lugareño penetró en el bosque, apareciendo el Diablo para castigarlo por su osadía, al entrar en un terreno prohibido. Junto a sus ovejas, el pastor fue perseguido por el Demonio hasta que llegó al río, cuyas aguas no pudo atravesar por tratarse de tierras bendecidas. De esta forma, el Diablo fue derrotado y tuvo que retornar a sus dominios. En el lugar en el que se detuvo el Maligno, todavía son visibles hoy en día sus huellas.

En Tramacastilla también se le apareció el Demonio a un judío que era muy avaro, para castigarlo y darle un escarmiento. Ante su visión, todas las gentes del pueblo se escondieron en sus casas, pudiendo comprobar a la mañana siguiente cerca de la ciudad las huellas dejadas por el caballo que montaba. A partir de este momento, el hombre, por miedo al Diablo, dejó de ser avaricioso y llevó una vida modélica.

También son muchos los tesoros que, según la tradición, permanecen ocultos en la Sierra de Albarracín. En la mayor parte de los casos, se trata de tesoros escondidos antes de la conquista musulmana o de la Reconquista cristiana, y cuyos propietarios tuvieron que huir o murieron, llevándose el secreto a la tumba. Al toro de oro de Griegos, descrito anteriormente, hay que unir otros como el “Palacio subterráneo” de Gea de Albarracín o “La iglesia de los Santos de Oro” de Bezas. Estas dos últimas leyendas hacen alusiones a construcciones subterráneas que, en un momento concreto, fueron descubiertas por casualidad, pero que después nunca volvió a ser hallada su entrada.

No se pueden olvidar las leyendas que tienen como protagonista al amor que, o bien logra triunfar, o se convierte en algo imposible. Este



El barranco de la Hoz, en Calomarde, escenario de la leyenda del “moricacho”

tema resulta muy abundante en la Sierra de Albarracín, destacando, entre la multitud de historias, “El moricacho de la Hoz” de Calomarde, relato en el que el amor de un musulmán y una cristiana se impuso, con la huida de ambos de la villa. También con esta temática encontramos “La estrella mora” o “El acueducto del amor”, ambas historia localizadas en Albarracín, la última de ellas con final feliz gracias a la construcción del acueducto que une la ciudad de los Azagra con Cella y, cuyos restos aún se pueden apreciar excavados en la roca.

Precisamente las historias de amor han sido el punto de partida de los relatos de fantasmas, siempre femeninos, que vagan junto a las orillas del río Guadalaviar. La leyenda de “La cueva de la mora” cuenta cómo un guerrero musulmán escondió a su esposa en una cueva antes de partir para la guerra, bajo la promesa de que no saliera hasta que él volviera. Tras morir en combate, éste jamás regresó a la sierra y la mora allí lo esperó oculta. Según los más ancianos de Guadalaviar, su fantasma sale las mañanas de San Juan a la orilla del río para peinarse con un peine de oro, volviendo a su cueva para reaparecer al año siguiente con la esperanza de que vuelva su amado. Cuando esto sucede, nadie puede acercarse a verla, ya que ha habido varios pastores atrevidos que al intentarlo, fueron convertidos en rocas después de que la mora les lanzara su peine de oro. Un caso semejante es el de “Doña Blanca” de Albarracín, muerta de melancolía en la ciudad, y que las noches de luna llena baja desde la torre del mismo nombre hasta las aguas para zambullirse en ellas.

Quedaría inconcluso este texto sin hacer referencia a las historias en las que Dios o la Virgen se han aparecido, haciendo milagros divinos como recompensa a personas muy devotas o para convertir a no creyentes. Esta temática resulta muy abundante en toda la Península Ibérica, encontrando varias docenas de relatos en la provincia de Teruel que tratan hechos semejantes.

Este es el caso del “Cristo de Griegos”, recuperado milagrosamente de un pozo al que lo habían arrojado los judíos antes de ser expulsados de este territorio. La ayuda de la fe permite conseguir cualquier cosa, incluso devolver la mano a un pastor creyente, tal y como se cuenta en la leyenda de “El pastor y la Virgen” de Orihuela del Tremedal o de salvar el Cristo de la Vega de Albarracín de los desmanes de los franceses, que lo intentaban quemar. La historia de “La Virgen de los Dolores” de Royuela es otro de estos relatos, en los que una creencia muy fuerte salvó a la patrona de la localidad de que fuera sacada del término municipal contra la voluntad de sus habitantes.